

Andrea García

CUENTO N° 284

TÍTULO: LA VARIANTE OMEGA

SEUDÓNIMO: ANDREA GARCÍA

AUTOR: SERGIO TULIO ESPINOZA REYES

LA VARIANTE OMEGA

Cuando su compañera de cuarto en el asilo amaneció muerta la trasladaron a otro dormitorio. Allí le esperaba una cama nueva, algo más estrecha, pero podía movilizarse mediante un motor eléctrico. Además, la TV era más grande y por la ventana entraba buena luz. Todo eso le vino bien.

Como su vecina sólo sabía conversar de las teleseries que veía, nunca tuvo oportunidad de sopesar la magnitud de los sucesos de afuera. Las auxiliares hablaban de que había una epidemia y de las precauciones que tenían que tomar, pero a ella le parecía más bien una cantinela para justificar atrasos en los servicios y falta de atención a los pacientes. A veces se paseaba por los canales de TV y se encontraba con algunos noticiarios, pero no podía entender a cabalidad lo que estaba ocurriendo. Confinada a su sanatorio había perdido contacto con el mundo exterior y lo que veía en las noticias parecía más bien un film terrorífico de ciencia ficción. La gente trabajando con mascarilla, las calles vacías. La piazza de San Marcos vacía, Les Champs Elycees, con el arco del triunfo al fondo, sin un sólo transeúnte. Otras imágenes mostraban hombres cubiertos con trajes de plástico, que parecían escafandras, empujando camillas con enfermos o fumigando las calles. En todos los canales en que no estaban dando algún film se hablaba de lo mismo. Le llegaban mensajes al teléfono móvil con videos alusivos a la pandemia en distintos tonos. Algunos con cavilaciones filosóficas, otros jocosos, otros con pensamientos bonitos y de pésimo gusto; otros con entrevistas a connotados

científicos y otros con políticos que señalaban como culpables de todo a sus opositores.

Todo aquello le parecía irreal y lejano. A su avanzada edad no lograba relacionar esas imágenes con la epidemia de que hablaban las auxiliares ni con las muestras de sangre que la enfermera le venía a tomar cada cierto tiempo. Dada su imposibilidad de caminar no podía participar de las conversaciones de sobremesa en el comedor y se mantenía al margen de todo. Así, por ejemplo, no se había enterado del dramático caso, que tanto habían comentado las auxiliares del establecimiento, de la enfermera Nittla dado a conocer por la BBC de Londres. Ella había recibido la instrucción de desconectar el respirador de una paciente de Covid 19 también enfermera, con pocas posibilidades de salvarse, para instalarlo en otro enfermo. Había llamado a la hija de la paciente y puesto el teléfono en la oreja de la moribunda. Había hecho sonar su música preferida a petición de la hija. Luego había desconectado el respirador artificial. La enferma había demorado 5 minutos en morir. La hija seguía hablando por el teléfono y la enfermera no se atrevía a decirle que su madre ya se había ido.

En los noticiarios se veía salir del hospital a pacientes cadavéricos en silla de ruedas y trabajadores de la salud, que los aplaudían por haber sobrevivido a la enfermedad. En otros se mostraban las zanjas para fosas comunes que se abrían en algunos países, en donde no daban abasto los cementerios. También había visto a la policía española bailándoles cumbia a las gentes que, encerrados en sus

departamentos como pájaros en sus jaulas, los aplaudían, pero no entendía el trasfondo del asunto.

Fue cuando vino a verla un sobrino que le explicó que todo aquello era cierto. El sobrino le contó que en de abril del 2020 se habían vuelto virales una serie de videos que mostraban animales salvajes paseando por las ciudades. Osos y jabalíes, en Europa; monos y elefantes en la India; un puma en Santiago de Chile. Algunos eran auténticos, otros parecían más bien sacados de archivos o manipulados con cualquier animal que encontraban a mano. La cosa era que el sitio fuera visitado para dar billete a los explotadores del ciberespacio. También le habló, mientras ella observaba absorta los reflejos que daba el cabello del joven, de como el trabajo y la entretención virtual se habían hecho costumbre y del daño económico que la pandemia trajo a las empresas. Que, en agosto del 2020, en Dinamarca, segundo productor mundial de visones de criadero, se habían sacrificado más de diecisiete millones esos animalitos por portar el virus Co Vid

19. Sin embargo, la biotecnología y cierta solidaridad internacional parecían haber triunfado. A nuevas cepas nuevas dosis de vacuna y ya.

Pasado el terror, las naciones habían vuelto a sus antiguas litigios y rencillas. Las gentes habían atiborrado bares y restaurantes y luego vuelto paulatinamente a sus tareas habituales, dando el asunto por superado. Hasta que apareció la variante omega.

La nueva cepa irrumpió de golpe propagándose vertiginosamente y no había como combatirla. No se conocían síntomas detectables. Lo único que se

sabía era que antes de morir había una pérdida de visión. Los que morían sólo alcanzaban a decir que veían todo más oscuro. Luego caían fulminados.

*

La prohibición de salir a la calle obligó a renunciar al cocinero y dos auxiliares. A la semana siguiente la enfermera y dos empleados fueron llevadas a urgencia y de allí no volvieron. Entonces la comida y el aseo se vieron afectados. Las dos auxiliares que quedaban cocinaban fideos o arroz, pero luego se acabó la comida de olla. Sólo frutas, biscochos, trozos de queso y té. El jardinero se comedía para subir los alimentos y a veces tomaba el té con las auxiliares.

Finalmente llegó el día en que nadie se presentó para llevarla al baño ni darle desayuno, a pesar de que tocó insistentemente el timbre de llamado.

Después de un día de silencio y soledad, cuando logró acomodarse en su sillón de ruedas, salió sin dificultad al pasillo y rodó hasta los ascensores. Estuvo unos minutos sin atreverse a entrar hasta que sin pensarlo más hundió el botón y la puerta se abrió. Una vez adentro maniobró la silla para quedar de cara a la salida. La puerta se cerró y ella apretó el número uno.

La conserjería estaba vacía y la gran reja del jardín abierta. Un aire fresco le dio en el rostro cuando salió a la calle. No había salido hacía mucho tiempo y fuera del recinto todo le pareció distinto. Había dos enormes

edificios en los que no había reparado antes y unos árboles que ella recordaba ya no estaban. La calle estaba vacía y no se veía pasar autos ni por la calle ni por la avenida a una cuadra de distancia. Los negocios estaban cerrados. Instintivamente se dirigió a un supermercado que quedaba a media cuadra. La cortina metálica estaba a medio cerrar y había dos personas tendidas en el suelo. Sus cuerpos exánimes bloqueaban la entrada. Un hombre con mascarilla apareció desde una puerta lateral y se detuvo frente a ella. Se miraron durante algunos segundos.

-¿Desea entrar? -

-¿Por qué no se ve gente? -preguntó ella.

-Están todos muertos, señora.

Un gran camión pintado de blanco apareció de pronto estacionando frente a la entrada. Dos hombres forrados de plástico bajaron con una angarilla y procedieron a llevarse los cadáveres. Un tercero que parecía estar a cargo se dirigió a la anciana.

- ¿Por qué está sin su mascarilla?

La anciana lo miró indiferente.

-Quiero ver su salvoconducto. ¿Lo tiene?

-Tengo sed- musitó ella bajando la vista.

-Yo le daré una mascarilla- dijo el empleado. - Y le daré agua también. No se preocupe.

El oficial dudó un instante y viendo que el camión estaba ya cargado dio la media vuelta y se subió al vehículo.

-Entre, señora- la invitó el empleado. - Aquí tendrá de todo, y gratis. Todo esto es suyo. -Con un amplio ademán movió su brazo derecho mostrando la bóveda del supermercado. Luego se encaminó por uno de los pasillos. Ella siempre detrás en su sillón de ruedas, hasta que llegaron a una modesta sala de estar. El empleado abrió una botella de agua mineral y desempacó un par de vasos.

-Eso si que yo tengo que ponerle desinfectante- dijo cerrando un ojo y agregó un poco de ginebra a su bebida. La anciana alargó también su vaso.

-Le gustan los chocolates? A mi me gusta el amargo. Ahora voy por ellos. Lo vio salir al pasillo y dar algunos pasos un tanto vacilantes, luego abrió los brazos y cayó de bruces.

Durante mucho rato estuvo buscando la salida. Casi por casualidad vio desde lejos la luz del sol y rodó rauda hacia ella.

Nuevamente sintió la brisa en el rostro. Unos pájaros pasaron gritando con gran algarabía y volaron hacia el parque cercano, a un par de cuadras.

Si alguien hubiese estado allí la habría visto sonreír. Entonces todo comenzó a ponerse oscuro. El sol pasó rápidamente de amarillo a verde opaco y desapareció hasta que todo fue oscuridad y silencio.